

**Sra. Jeannette Miller**  
**Semblanza del galardonado**

Presentar a José Alcántara Almánzar como ganador del Premio Nacional de Literatura 2009, resulta para mí un gran honor, y también una muy especial distinción.

Primero, porque desde que emergió como escritor a principio de los años de 1970, he seguido su obra con devota atención, pudiendo comprobar las cualidades maestras de su prosa como cuentista, y su estricta y justa capacidad para compilar y criticar la literatura dominicana y universal en los numerosos ensayos y antologías que ha publicado; segundo, porque sé que son muchos los intelectuales dominicanos que habrían recibido con beneplácito la invitación a hablar sobre él en una ocasión tan memorable como la que hoy estamos viviendo, por lo que de nuevo agradezco a él y a la Fundación Corripio el haberme solicitado decir estas palabras.

Hoy, todos los que vivimos la escritura como vocación, festejamos el que se haya hecho justicia a un ser humano y a una producción que desde hace tiempo figura en la historia de la literatura dominicana como determinante. Y cuando esto sucede en un país minado por el padrinazgo y el amiguismo, los que hemos escogido este quehacer como forma de vida, celebramos cada triunfo de la justicia como si fuera nuestro.

Por otro lado, estamos conscientes de que premiaciones como la de José Alcántara Almánzar resultan un ejemplo de que todavía es posible creer en el oficio de escritor en un contexto que, a todos los niveles, parece estar desplazado por la tecnología y lo audiovisual. Y esta realidad resulta más triste porque nosotros sabemos que sólo a través de esa dinámica de comunicación escritor-lector, los seres humanos pueden encontrar lo mejor, o lo peor de sí mismos, pero siempre en un ejercicio de verdad, de sinceridad, de catarsis de lo que tenemos en nuestro interior; premisa necesaria para que escribir y leer puedan convertirse en un ejercicio de liberación.

José Alcántara Almánzar es y ha sido siempre un escritor en permanente ejercicio de liberación. Sus trabajos, profesionalmente impecables, están respaldados por un nivel de vida cargado de humanidad, una humanidad que

pregona su procedencia con orgullo, y se endeuda con esa presencia familiar solidaria -su mujer, sus hijos, sus nietos- a quienes agradece en voz alta el entorno necesario para poder haber hecho su obra.

Todo esto unido a una personalidad discreta, donde la humildad ha puesto la justa proporción para que no se confunda con la hipocresía, se suma a una formación excepcional que abarca no sólo la literatura, la historia y las ciencias sociales, sino también la música, las artes plásticas y la cinematografía, convirtiendo a José Alcántara en un brillante interlocutor y en un amigo solidario y permanente, como lo han testimoniado Manuel Rueda, Héctor Incháustegui Cabral, Freddy Gatón Arce, Máximo Avilés Blonda, Virgilio Díaz Grullón, Marcio Veloz Maggiollo y otros grandes nombres de la literatura nacional.

Para quienes no lo saben, José Alcántara Almánzar estudió sociología, y esa formación le aportó el rigor y el sistema de análisis que ha podido aplicar en sus mejores trabajos críticos, convirtiéndose en uno de los tratadistas literarios más destacados en el área del Caribe. Como tal ha sido objeto de numerosas invitaciones para participar como jurado y como conferencista en importantes concursos y eventos en Estados Unidos, México, Argentina, Cuba, Puerto Rico, Rusia, España...

Autor, en 1972, de la *Antología de la literatura dominicana*, una de las obras nodales para conocer nuestra producción literaria de los años 60, ya en esa época el joven profesor del Colegio Loyola, había logrado despertar en sus discípulos, -que luego pertenecerían a universidades como la Pedro Henríquez Ureña o el Instituto Tecnológico de Santo Domingo- un especial interés por los libros.

Ningún alumno que pasara por las aulas donde Alcántara Almánzar impartía docencia, puede negar ese lazo de pertenencia que el profesor creó a base de enseñarlos a encontrarse a sí mismos a través de la lectura de textos literarios, lo que probablemente les ayudó a ser mejores seres humanos.

Al año siguiente, en 1973, su primer libro de cuentos *Viaje al otro mundo* denuncia todo el maremagnum de injusticia social, abuso y persecución que definieron los años sesenta y principios del setenta. En este libro inicial, Alcántara se apoya en el *flash back*, y en la inclusión de voces distintas, para

lograr un estilo experimental y golpeante que a veces se sirve de lo grotesco para crear ambientes surreales.

Desde entonces, José Alcántara Almánzar se convierte en uno de nuestros principales cuentistas jóvenes, consolidando esa posición en 1983, al obtener el Premio Anual de Cuento que otorgaba la Secretaría de Educación y Cultura por su libro *Las máscaras de la seducción*; galardón que volvería a ganar en 1990, esta vez por su obra *La carne estremecida*.

Estricto equilibrio, manejo del lenguaje y una atmósfera surreal que a veces se confunde con universos mágicos, podrían ser los términos para definir el eje de la producción alcantariana. Sin embargo, a esto hay que adicionar que en sus estructuras narrativas, esas palabras que cualquier lector puede entender -y más que todo sentir- van tejiendo situaciones aparentemente inconexas, para crear un universo donde la sique saca a flote, a través de *raccontos* vivenciales, experiencias dormidas o negadas, y ese universo subyacente activa asociaciones en el lector capaces de edificar mundos insólitos que son aceptados como lógicos por un diseño estructural donde el manejo de tiempo y espacio pregonan que el escritor lleva las riendas de su obra.

Un uso maestro de la lengua española, donde no faltan alusiones a la música, al cine, a la literatura y a la historia, enriquece sus textos que edifican secuencias melódicas en el desenvolvimiento de la trama, respaldadas por el ritmo que José Alcántara maneja tan bien, consciente de que la literatura es eso, ritmo.

Como ejemplo de lo dicho, este fragmento de uno de sus cuentos más antologados, *El zurdo*:

“Comenzó así una apasionada afición por libros que absorbían horas de mi tiempo, llevándome a otros espacios y realidades en páginas apretadas, hablándome de mil y una noches fabulosas, contándome aventuras increíbles de exploradores y enamorados, cazadores heridos en la cumbre nevada de un macizo africano, rudos boxeadores que se ganaban la vida quebrándose la nariz en los cuadriláteros. Me convertí sucesivamente, en fantasma dublinés, gigante egoísta, espectador que asistía maravillado al cumpleaños de una infanta. En regiones ignotas busqué escarabajos de oro, resolví complicados problemas de lógica hasta dar con el autor de unos crímenes horrendos. Me estremecieron los misteriosos anocheceres de cementerios donde había fosas violadas y

enterrados vivos. Fui vengador ruso a mi manera, probando en una tienda revólveres que no compraría, y con humor y gracia desempeñé papeles de burócrata, policía y funcionario del imperio zarista. Navegué a la deriva en un peligroso río, muerto de sed, con el veneno de una víbora agarrotándome una pierna. Anduve por secos parajes mexicanos, convertido en el espectro de un hijo ilegítimo en busca de su padre. Fui objeto de persecución y maltrato por el incendio que un magnate, sin saberlo, había provocado en un cañaveral antillano, y escapé de la cárcel un día de Nochebuena para caer poco después acribillado por las balas de la guardia rural. Padecí el holocausto y el fuego; vi pasar trenes llevándose la inocencia de unas chicas que jugaban modelando estatuas y terminé en el centro de una gran ciudad del cono sur, en compañía de un ciego memorioso que me invito a reinventar el mundo en paseos interminables.”

Desde Flauvert hasta Juan Rulfo, pasando por Borges, José Donoso, Bosch... y muchos otros escritores universales con los que se identifica, en este fragmento el escritor confiesa sus preferencias y es quizás en ellas dónde podríamos encontrar sus primeras influencias; porque hoy la narrativa alcantariana se erige de manera personal edificando sus propios encuentros, de forma que todo el que comienza un cuento suyo queda atrapado por una mano que lo guía a través de caminos que se abren a las posibilidades de experiencias insólitas,

Su estilo aún la descripción-narración, de forma que la una contiene a la otra sin permitir desviaciones ni deslindes; igualmente su trabajo no prescinde del trasfondo psicológico, por lo que es capaz de sorprender con finales inimaginables, al igual que sucede con la vida.

Si queremos ser justos, habría que repetir lo ya afirmado por Bruno Rosario Candelier en un artículo que publicara en el Suplemento Coloquio del periódico Hoy, en enero de 1990; en la cuentística nacional, José Alcántara Almánzar “está llamado a ocupar un sitio al lado de Juan Bosch, Hilma Contreras y Virgilio Díaz Grullón.”

Igualmente, Nívea de Lourdes Torres Hernández, catedrática en la Universidad de Puerto Rico, y quien realizó su tesis doctoral alrededor de su obra, sitúa a José Alcántara como “posiblemente el cuentista dominicano más destacado y consistente de las últimas décadas.” Asimismo, y en numerosas

ocasiones, Marcio Veloz Maggiolo lo ubica entre los más destacados cultivadores del género cuento.

Por otro lado, la calidad y amplitud de su trabajo literario le ha ganado reconocimientos nacionales como el Premio a la Excelencia Periodista, J. Arturo Pellerano Alfau en 1996, y el Caonabo de Oro, en la categoría de escritor, en 1998.

En el extranjero, sus textos han sido incluidos en importantes antologías en inglés, italiano, alemán, islandés y, desde luego, en español; siendo ejemplo reciente del alcance internacional de su trabajo, la inclusión de su cuento *La insólita Irene* en la antología islandesa *Tan verdes y fértiles. Cuentos de Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana*, publicada a fines del 2008.

Pero no sólo su producción ha sido reconocida a nivel internacional, sino la de muchos autores dominicanos a quienes Alcántara ha incluido en sus ensayos y antologías, y sobre los que constantemente proporciona información a centros de estudio, universidades y organismos culturales de primer orden. Trabajo de difusión de la literatura dominicana que ha reforzado desde su posición de Presidente del Comité de Publicaciones del Banco Central<sup>[1]</sup> de la República Dominicana.

Es bueno recordar que entre cuentos, ensayos y compilaciones antológicas, José Alcántara Almánzar ha publicado diecisiete títulos, la mayoría, textos ineludibles para cualquier estudioso de la literatura y de la historia dominicana.

Y así podríamos seguir enumerando logros y reconocimientos, como la distinción de “Profesor Meritorio” otorgada por el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, en dos ocasiones; la inclusión de su cuento *La insólita Irene* en el libro *Making Callaloo, 25 años de literatura negra*, prestigiosa publicación de St. Martin's Press, Estados Unidos; la beca Fullbright como profesor residente en el Stillman College de Tuscalosa, Alabama; o la edición en español, inglés y francés de su obra *Panorama Sociocultural de la República Dominicana*, en 1997; este último, un gran éxito como enfoque histórico, social y cultural de nuestro país.

Pero lo que realmente importa hoy sobre José Alcántara Almánzar, es la establecida calidad de su obra literaria, una obra realizada de manera permanente y fructífera a lo largo de toda su vida.

Esa sola condición lo hace merecedor del premio que se le otorga; un premio que la vida le tenía reservado desde hace varios años y que hoy se le entrega por haber permanecido en el ejercicio de un oficio que requiere autenticidad y verdadera vocación, pero, sobre todo, y en el aspecto narrativo, por la capacidad de poder llevar personajes y situaciones locales y cotidianos a categorías universales, mediante el manejo maestro de la palabra escrita.

Sí, José Alcántara Almánzar: una vida y una obra donde la permanencia de la honestidad y de la calidad testimonian la presencia de esa Luz, única fuente capaz de aportar lo bueno, lo verdadero y lo bello a nuestro trabajo y a nuestras acciones.

No puedo terminar sin felicitar a la Fundación Corripio por la determinación de mantener y prestigiar un premio necesario para la valoración y el desarrollo de la cultura dominicana.

También sé de seguro que, con este justo galardón a José Alcántara Almánzar, Manuel Rueda, desde donde se encuentre, estará orgulloso de haber sido el Primer Director de esta Fundación; pero muy especialmente resplandecerá de satisfacción al ver que un talento que él supo descubrir desde sus inicios, hoy ha logrado, a base de méritos irrefutables, escalar el más alto peldaño de reconocimiento en el contexto de la literatura nacional.